

“SAN JOSÉ ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA” (P. Umberto Marsich SX)

(Mt 1, 18-24)

Jesús nace de una madre ‘virgen’.

Provoca una extraña emoción el relato evangélico de los eventos y de las inéditas circunstancias, que han anunciado y preparado el ‘nacimiento de Jesús’: la ‘anunciación del ángel’ a María, ‘la ausencia de la participación del esposo’ en su embarazo, los ‘sueños reveladores’, la ‘pesadumbre y honestidad de S. José’, llamado por Dios a la ‘paternidad sustitutiva’ de Jesús y, de remate, la ‘intervención misteriosa del Espíritu Santo’ en todo el proceso de la concepción virginal de María, madre del Salvador. El evangelista Mateo, en efecto, nos señala, con asombro y admiración, algunas de esas circunstancias cuando escribe: *“Estando María desposada con José, y antes de que vivieran juntos, sucedió que ella, por obra del Espíritu Santo, estaba esperando un hijo”*. En seguida, el evangelista comenta también el estado de ‘honesto desconcierto’ del justo José¹: *“José, esposo de María – nos dice el Evangelio- que era ‘hombre justo’, no queriendo ponerla en evidencia, pensó dejarla en secreto”*. José ha sido descrito como ‘hombre justo’ en un doble sentido: en primer lugar, por haber querido rechazar de asumir una paternidad, que no sentía ‘suya’ y, en segundo lugar, por haberle cumplido a Dios en asumirla sin resistencia.

El sueño de José.

La comunicación divina, con los protagonistas de la historia de la salvación, acontece, frecuentemente, a través de los sueños y, en esta ocasión, no ha sido la excepción. En efecto, nos relata el evangelista Mateo que a José, mientras pensaba apesadumbrado en todo lo que le estaba sucediendo, un ángel del Señor le dijo en sueños: *“José, hijo de David, no dudes en recibir en tu casa a María, tu esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo”*. El ángel, luego, le revela también la función extraordinaria del bebé, que María, su esposa, estaba esperando: *“Él salvará a su pueblo de sus pecados”*. Frente a la magnitud de ese misterio de salvación, anunciado por el ángel, José se siente ‘indigno’ y, en un primero y espontáneo gesto de reacción, piensa en abandonar a María, sin embargo, obedece a la inspiración divina y cumple cabalmente la voluntad de Dios: *“Cuando José despertó de aquel sueño –concluye el evangelista- hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y recibió a su esposa”*.

Nos da gusto, hoy, a la luz del hermoso texto evangélico, constatar como el protagonista de la realización del misterio anunciado es propiamente José, el humilde y dócil carpintero de Nazaret. La verdad es que, en los evangelios, muy pocas veces, José se ha

¹ ‘VIR IUSTUS’, hombre justo.

hecho notar por su contemplativo silencio. Sin embargo, cuando aparece, viene siempre reconocido por la 'grandeza de ser hombre justo', debida: a su fidelidad en el cumplimiento de los proyectos de Dios, a su reconocida fe en las difíciles y humanamente incomprensibles peticiones divinas, a su laboriosidad de trabajador familiar honesto y a su presencia, constante y paternal, alrededor del 'Hijo de Dios' esperado. José, de hecho, ha sido un 'grande' e insustituible personaje, que ha transitado en la biografía de Jesús y de María sin hacer ruido: siendo nada menos que el 'padre putativo' de Jesús y aquel que, cumpliendo la voluntad divina, ha dado consistencia a la promesa de la salvación humana, a través de su hijo Jesús.

En realidad, José ha sido hombre que no ha predicado y no ha hablado, sino que, simplemente, ha vivido, con la intensidad de la fe, al estilo del Evangelio de su hijo Jesús: con la sencillez de hombre de Dios y la grandeza de sus virtudes. Se trata de un hombre 'justo', que ha presumido únicamente su trabajo y su 'santa' familia, a la que amó y sirvió entrañablemente. Un hombre 'puro', cuya pureza ha sido 'virginidad de hombre que no fecunda' y de 'manos que han tocado sólo madera, martillo y cinceles'.

La promesa de Isaías.

El antecedente más remoto, del nacimiento 'diverso' de Jesús y de la presencia escondida y silenciosa de José, lo encontramos, implícito, ya en la profecía de Isaías: *"He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán el nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros"*. La cadena de la promesa salvadora de Dios, que vincula a Jesús, a través de José, a la estirpe de David, insertándolo en la humanidad, así se realizó. Dios, de hecho, nunca incumple lo que promete y, para su realización, se sirve, ordinariamente, de personajes sencillos y humildes como María y José. Parece que, en la metodología salvadora de Dios, no cabe la posibilidad de presencias humanas poderosas y apabullantes: para Él, sólo en la humildad está la verdadera grandeza. Por la humildad de José y de María, en efecto, el 'Emmanuel', el 'Dios con nosotros', ha entrado en la historia de la humanidad. El conjunto de circunstancias 'prodigiosas', que entornan la venida de Jesús, podría suscitar, en algunos, un cierto razonable rechazo. En efecto, no se comprende, humanamente, el porqué de un nacimiento del Salvador tan extraño y contrario a la naturaleza, ni el porqué de una maternidad 'virginal' y de un padre sustitutivo.

Volviendo al tiempo de Jesús, por cierto, era 'creencia común' la de que los dioses habían sido engendrados virginalmente. Por ser 'Dios', por tanto, también Jesús tenía que haber nacido como los demás dioses: 'virginalmente'. La diferencia, sin embargo, ha sido que, mientras los nacimientos virginales de los dioses pertenecían a la mitología, el nacimiento de Jesús ha sido 'real'. Además, por tratarse del 'Hijo de Dios': Mesías, Salvador y Redentor de la humanidad, no nos debe de extrañar que haya nacido de manera extraordinariamente única. Es la 'magnitud del personaje', por cierto, que

justificó la inédita y sorprendente forma de venir al mundo y, el Evangelio de la infancia de Jesús parece indicarnos, también, cómo acogerlo. Lo hace, en efecto, proponiéndonos la modalidad de S. José, padre legal de Jesús y esposo de María, es decir, asumiendo su exquisita fe e imitando sus actitudes de profunda humildad y obediencia inmediata a la voluntad de Dios.

Según el Evangelio de Mateo, el oficio de José era el de artesano («τεχτων», en Mt. 13, 55) y, más precisamente, de 'carpintero' de profesión que, además, habría enseñado a su hijo de quien, justamente, se indica que era "artesano" (Mc 6, 3a) de condición humilde, aunque las genealogías de Mateo y Lucas lo presentan como perteneciente a la estirpe del rey David.

De S. José de Nazaret, hasta nuestros tiempos, se desconoce todavía la fecha de muerte, aunque se acepta que debería haber muerto cuando Jesucristo tenía ya más de 12 años y antes del inicio de su predicación. En efecto, el Evangelio de Lucas menciona a «los padres» de Jesús, cuando este ya cuenta con 12 años (Lc 2, 41), y no se menciona a José de Nazaret, en los evangelios sinópticos, durante el ministerio público de Jesús. Por esta razón, se presume que murió antes de que esto tuviera lugar. Las Escrituras, lo reiteramos, señalan a José como hombre «justo» (Mt 1, 19): un concepto que implica, desde luego, fidelidad a la Torá y santidad de vida. La figura de José, además, fue contemplada y admirada por diversos Padres y Doctores de la Iglesia y sigue siendo, en nuestros días, objeto de estudio de una rama particular de la teología, que asume su nombre: la "Josefología".

Parece que fue S. Teresa de Ávila quien dio, a la devoción a San José, el espaldarazo definitivo. Era el siglo XVI. La mística española relata, en efecto, su experiencia personal, referida a José de Nazaret, en el "*Libro de la Vida*": *"Y tomé por abogado y señor al glorioso san José - escribe la Santa - y me encomendé mucho a él. [...] No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa y que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes, que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo: de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma. Si, además, a otros santos parece haberles dado el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así, como le fue sujeto en la tierra...así en el Cielo hace cuánto se le pide. [...] Paréceme que cada año, en su día, le pido una cosa y siempre la veo cumplida. Si va algo torcida la petición, él la endereza para bien mío... Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe, quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción. En especial, personas de oración siempre le habían de ser aficionadas, que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Ángeles, en el tanto tiempo que pasó con el Niño Jesús, y que no den gracias a san José por lo bien*

que les ayudó en ello. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo por maestro y no errará en el camino²".

Cronología de la devoción a S. José.

En 1889, el papa León XIII publicó la encíclica '*Quamquam pluris*' acerca de S. José y, el 15 de agosto de 1989, al cumplirse el centenario, el papa S. Juan Pablo II le dedicó otra exhortación apostólica: la '*Redemptoris Custos*'. Dicha exhortación es considerada, por muchos, la 'carta magna' de la teología de San José. En ocasión del inicio de su ministerio pontificio, en la solemnidad de san José de 2013, también el papa Francisco refirió, en su homilía, los alcances de 'la custodia', que en la Iglesia católica, se atribuye a este santo. José de Nazaret fue declarado patrono de la familia y es considerado, por antonomasia, el patrono de la 'buena muerte', atribuyéndosele el haber muerto en brazos de Jesús y de María. Debido a su trabajo de carpintero es considerado, también, patrono de los trabajadores, especialmente obreros, por el Papa Pío XII. Fue él quien quiso darle connotación cristiana a las efemérides del 'día internacional de los trabajadores': el primer día del mes de mayo de cada año. La Iglesia católica lo ha declarado protector, contra toda 'duda', y el papa Benedicto XV lo había hecho, además, protector de la Iglesia Católica en contra del comunismo y la relajación moral.

Conclusión

El papa Francisco, en fin, el 8 de diciembre de 2020 le dedicó a S. José la carta apostólica "*Patris Corde*", con ocasión del 150° aniversario de la declaración, por Pío IX el 8 de diciembre de 1870, de San José '*patrono de la Iglesia universal*'. Con ese mismo motivo, ha declarado el Año de San José, desde diciembre de 2020 a diciembre de 2021. Actualmente, se considera a S. José patrono de las Asociaciones Católicas de las trabajadoras Italianas, al igual que de la Acción Católica Argentina y otras asociaciones más. S. José constituye uno de los tres pilares, que componen la familia cristiana, tanto en su aspecto interno, es decir, en las relaciones entre los distintos miembros que la integran, como en el externo, es decir, en la familia socialmente ubicada. Se puede afirmar, en fin, que José no ha sido 'padre adoptivo', en sentido estricto, puesto que no ha habido ninguna adopción y ningún elemento jurídico equivalente a ello. José fue, más bien, la persona que, según la tradición cristiana, Dios eligió para constituir una familia exclusiva 'para Jesús' y "velar por Él como padre": una familia que se caracterizó por solo tres integrantes, destacando que, de ellos, José asumió el 'rol paterno'. José, hombre justo, se caracterizó, finalmente, por sus relaciones familiares: por dar un trato de máximo respeto y apoyo a María, su esposa, y por servir de modelo humano a su hijo Jesús. Podemos concluir reconociendo en S. José una de las figuras centrales del cristianismo y un modelo de hombre excepcional, sin haber hecho mucho 'ruido'. El Señor ha querido que la cabeza de la Sagrada Familia siga cumpliendo la misma función con la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo: "*María es 'madre' de la Iglesia; S. José el protector*" (Cf. Misal Romano: *S. José, esposo de la Virgen María*).

² Cf. Santa Teresa de Ávila, *Libro de la Vida*, cap. 6, n. 6-8.